

Juan Goytisolo

# Señas de identidad



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición en «Biblioteca de autor»: 1999  
Segunda edición: 2014  
Tercera reimpresión: 2024

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Amador Toril

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Goytisolo, 1966  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2024  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-9189-3  
Depósito legal: M. 22.280-2014  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

*Para Monique, siempre*

Los personajes y sucesos de esta novela son producto de la imaginación del autor. Sólo es real la geografía física, política y humana de los lugares en que se mueven.

Ayer se fue; mañana no ha llegado.

Francisco de Quevedo

Vamos claros, dije yo para mí; ¿dónde está el  
cementerio? ¿Fuera o dentro?... El cementerio  
está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio.

Mariano José de Larra

Mejor la destrucción, el fuego.

Luis Cernuda



# Índice

13	Uno
80	Dos
133	Tres
195	Cuatro
290	Cinco
384	Seis
450	Siete
483	Ocho





# Uno

Instalado en París cómodamente instalado en París con más años de permanencia en Francia que en España con más costumbres francesas que españolas incluso en el ya clásico amancebamiento con la hija de una notoria personalidad del exilio residente habitual en la Ville Lumière y visitante episódico de su patria a fin de dar un testimonio parisiense de la vida española susceptible de épater le bourgeois, conocedor experto de la amplia geografía europea tradicionalmente hostil a nuestros valores sin que falte en el programa de sus viajes la consabida imposición de manos del santón barbudo de la ex paradisíaca isla antillana transformada hoy por obra y gracia de los rojos semirrojos e idiotas útiles en callado y lúgubre campo de concentración flotante evadido de las realidades del momento en un fácil confortable y provechoso inconformismo exhibiéndose con prudentes remilgos y calculada táctica en todos los cenáculos del

mundo beocio y superferolítico para granjearnos la venia y el perdón de los Zoilos de allende el Pirineo mientras el censo de nuestros auténticos valores cinematográficos es objeto de voluntaria ignorancia cerrojazo y conspiración de silencio tales son las características del individuo en cuestión y sus contactos y coordinadas en el exterior promovido a la categoría de fotógrafo oficial de la France Presse y anunciado fuera de nuestras fronteras a bombo y platillo con el internacional y resobado repertorio de alharacas y garambainas con que se saluda siempre en algunos círculos a lo que de lejos o de cerca huelva a anti-español por haber rodado en breve documental de planificación defectuosa y chata pésimamente amalgamado y carente de garbo fotográfico y de poesía no es cosa que pueda extrañarnos acostumbrados como estamos a hechos y actitudes cuya triste reiteración revela el odio impotente de nuestros adversarios cualquiera que sea el Régimen que exista en nuestra patria a partir de la Contrarreforma para acá España viene padeciendo los ataques más injustos irritantes e intolerables que a nación alguna se le hayan podido dirigir ataques que de manera sistemática tienen su rebrote periódico desde la taimada trinchera de la mentira del resentimiento de la información malintencionada y tendenciosa de todo lo que implique atentar contra la soberana decisión de un país de gobernarse por sí mismo sin injerencias foráneas ni arbitrarias imposiciones y si estos ataques son indignantes cuando nos vienen de manos extranjeras no merecen más que desprecio si proceden de un compatriota dispuesto a colocar la turbina en la cloaca con el propósito de convertirse en un personajillo al paio de

posiciones políticas que conocemos hasta la saciedad en esta hora tan sospechosamente transida de desasosiegos polémicos fabricar estampitas de suburbios es sumamente fácil ni siquiera hay que molestarse en que sean verdaderas unos extras disfrazados de guardias pueden apalea a un «obrero» desnuda a un chiquillo embadurnado de carbón y sentarlo en un montón de estiércol está al alcance de cualquier desaprensivo pero quien eso hace revela tal catadura moral que mejor es no mencionarlo aunque no bastaran dos sustantivos y una preposición para la ofensa cerrada el agravio artero la vituperación el oprobio y el escarnio que se alumbran con las lívidas luces de la mentira no puede haber libertad ni manga ancha ni una tolerancia que serían crimonosas que hay miseria y dolor en España nadie lo niega fotografiar barracas miserables es tarea común no sólo en los países civilizados de Europa sino en el dorado suelo de los Estados Unidos encontrar cualquier niño raquíto y con el vientre hinchado tampoco es problema en ninguna nación por alto que sea su tenor de vida cuando los gánsters de la cámara fotográfica se proponen retratarlo y mostrar las lacras de la sociedad humana a un público extranjero de intelectuales y de esnobs pero no es lícito ni honesto mirar con un solo ojo no es posible negarse a ver el conjunto entender únicamente de la parte claro que hay hambre sequedad y desamparo en el tuétano de todo este escenario de Murcia y Andalucía mas hay también algo que el amanerado personajillo parisiense olvida y este algo es la esperanza más que en ninguna otra parte es preciso mirar estas regiones secularmente pobres con los ojos limpios y el corazón abierto sin abrigar

la insensata pretensión de trasponer su secreto mediante una visión fugaz y trashumante más propia de un Merimée de pacotilla que de un vástago de familia acomodada y respetable de padre vilmente asesinado por la horda roja niño bien con todos los gustos y caprichos pagados cristianamente educado en veterana institución religiosa bajo la tutela y el amparo de hombres intachables y dignos lo esencial repetimos es ponerse de rodillas ante este panorama ancho y reseco mirar el cielo para detener la nube y escarbar la tierra para bailar la fuente redentora lo que no sea esto será caminar a ciegas envuelto en la centelleante tolvenera de la sierra de Yeste vivir un dramático e inconsolable complejo polifémico testimoniar con las pupas del alma empeñarse en ser enlutado sabihondo y mendaz rabisalserillo...

Así hablaban de ti, al divulgarse el incidente del documental, en cafés y tertulias, reuniones y veladas, los hombres y mujeres satisfechos que un decreto irrisorio del destino te había otorgado, al nacer, como paisanos, borrosos amigos de infancia, inocuos compañeros de estudio, parientas de mirada frígida y torva, familiares virtuosos y tristes, encastillados todos en sus inexpugnables privilegios de clase, miembros conspicuos y bienpensantes de un mundo otoñal y caduco que te habían dado, sin solicitar tu permiso, con religión, moral y leyes hechas a su medida: orden promiscuo y huero del que habías intentado escapar, confiando, como tantos otros, en un cambio regenerador y catártico que, por misteriosos imponderables, no se había producido y, al cabo de largos años de destierro, estabas de nuevo

allí, en el doliente y entrañable paisaje de tu juventud, privado hasta del amargo consuelo del alcohol, mientras los eucaliptos del jardín oreaban sus verdes ramas y nubes mudables y huidizas bogaban hacia el sol como cisnes sombríos, sintiéndote no como el hijo pródigo que humilla la frente ante el padre, sino tal el culpable que furtivamente retorna al sitio de su crimen, en tanto que las Voces –maldad y frustración congénitas de tu casta conjugadas en coro– proseguían su sorda cantinela susurrándote alevosamente al oído: «Tú que has sido de los nuestros y has roto con nosotros tienes derecho a muchas cosas y a nosotros no nos cuesta trabajo reconocerlo tienes derecho a pensar que tu patria vive una existencia verdaderamente atroz lamentamos tu error pero quién le pone puertas al campo los propietarios de los cortijos andaluces son los únicos que se permiten este lujo y así nacen esas puertas aisladas solitarias que parece que no cierran ni abren fuera de esta excepción que es como una licencia poética nadie te obliga a pasar por el arquillo sigue pues con tus ideas acerca de la política y demás realidades de España sigue adelante también si te place con tus enojos y mortificaciones contra las cualidades raciales de nuestra estirpe quién te lo impide sabemos que eres barcelonés pese al apellido asturiano pero asturiano o barcelonés suponiendo que Barcelona no te inspire emoción ni la tierra asturiana suscite deleite en tu alma danos a todos la espalda y mira hacia otros horizontes por qué vas a contrariar un movimiento espontáneo de tu ánimo si algún sentimiento te lleva por senderos de tan indecible tristeza al fin y al cabo no serás el primer español que ha desama-

do a su patria pero entonces para qué volver mejor te quedas fuera y renuncias de modo definitivo a nosotros reflexionando aún estás a tiempo nuestra firmeza es inmovible y ningún esfuerzo de los tuyos logrará socavarla piedra somos y piedra permaneceremos por qué buscas ciegamente el desastre olvídate de nosotros y te olvidaremos tu nacimiento fue un error réparalo».

Te habías quedado dormido y, al abrir los ojos, te incorporaste. El reloj marcaba las siete menos diez. Sobre la mesa de mármol había una botella de vino y en la galería sonaban, majestuosos y graves, los primeros compases del *Requiem* de Mozart. Buscabas con la vista a Dolores, pero Dolores no estaba. Podías beber un trago de Fefiñanes, helado y rubio, justo para humedecer los labios, y no te decidías. Las nubes habían escampado durante tu sueño y el sol se obstinaba en el cielo enardecido del crepúsculo. Acodado en la balaustrada contemplabas las domesticadas colinas ceñidas de viña y algarrobos, las aves que hendían la tenue transparencia del aire, el lejano mar de ondas calladas que la distancia suavizaba y embellecía. Bastaba ladear la cabeza para abarcar de una sola ojeada los esbeltos cipreses del jardín, el cónclave de gorriones posados sobre las ramas del cedro, los juguetes olvidados por los sobrinos de Dolores tras de una distracción nueva y absurda. (Recordabas su alada aparición de la víspera, solemnemente vestido con dos casullas sustraídas del oratorio en un instante de descuido de la criada, delicados y ágiles, levemente sacrílegos, con un rostro disipado y risueño que te había llenado de arrobos.)

Dentro de una hora escasa Dolores se presentaría con las gotas recetadas por el doctor d'Asnières, dirigiría una mirada lacónica a la botella inmersa en el cubo y, tumbados en las gandulas del mirador, aguardaríais el claxon fatídico que regularmente anunciaba la llegada de las visitas, la temida irrupción de personas extrañas en aquel analgésico y tierno remanso de paz. Entonces ya no te sería posible apreciar el raudo y fresco caudal del aire entre los pinos ni perderte hasta el vértigo en la difícil geometría de las constelaciones, envuelto una vez más en las mallas de un diálogo que te oprimía y asfixiaba, prisionero de un personaje que no eras tú, confundido con él y por él suplantado. Pero la tranquilidad no había sido turbada de momento y, abandonando el jardín, podías aún, si te apetecía, vagabundear a tus anchas junto al estanque, oler el sobrio y denso perfume de romeral, espiar la súplica muda de los recién descorchados alcornoques. Recorrer el interior de la casa, habitada ahora por las voces severas y rigurosas del *Dies irae* y desenterrar uno a uno de la polvorienta memoria los singulares y heteróclitos elementos que componían el decorado mítico de tu niñez, la galería inmensa, el comedor oscuro, las vetustas y marchitas habitaciones. Subir a las apollilladas buhardillas y examinar los armarios maltrechos, las sillas cojas, los espejos empañados y fantasmales. Inclínate sobre los viejos grabados con marco de ébano que tanto te fascinaran de niño y cuyos resucitados pies se habían grabado en tu trasmundo para siempre: *Valenciennes prise d'assaut, et sauvée du pillage par la clémence du Roy le 16 Mars 1677, Panorama della città di Roma, Vue de la Ville et du Château de Dinant sur la Meuse, assiégée par*

*les Français le 22 May et prise le 29 du même mois en l'année 1675, achevée et fortifiée depuis de plusieurs travaux.* En el adusto despacho presidido por el retrato del bisabuelo podías abrir uno a uno los cajones del escritorio, con los fajos de la correspondencia familiar ordenada por fechas y calar unos minutos, si así lo deseabas, en el descabellado y anacrónico universo de tus antecesores: cartas de esclavos del desaparecido ingenio de Cruces, solicitando la bendición de «su mersé», el amo remoto –responsable tuyo en el moroso sucederse de las generaciones– que cabalmente les negaba y desposeía; postales de alguna tía, fallecida ya y muy santamente sin duda, escritas en francés con la inconfundible letra picuda de las alumnas del Sagrado Corazón –«Nous avons célébré la fête de l'Immaculée et nous avons fait une procession très jolie mais comme il faisait un peu froid et il y avait quelques enfants enrhumés nous n'avons pu mettre la robe blanche»–, este mismo Sagrado Corazón, con corazón como de grabado anatómico, arterias y venas, aurículas y ventrículos, que figuraba reproducido en diferentes tamaños y con almibaradas posturas en todos los dormitorios de la casa; los recibos de liquidaciones y balances de empresas bancarias de La Habana, Nueva York y París, anteriores a la guerra hispano-yanqui y la disgregación de la familia. En uno de estos cajones podías hojear incluso, como hiciste el día de tu regreso, una resmilla de sobres escritos con caligrafía vacilante y torpe y descubrir de nuevo, con reiterado asombro, que su autor eras tú: cartas enviadas desde el internado en que consumieras inútilmente parte de tu juventud, en los opacos y ominosos años que siguieron al fallecimiento



de tu madre; psicodramas redactados para uso de la familia —«De temperamento nervioso y de mucho amor propio. Algo retraído con sus compañeros, le gusta tratar con unos cuantos solamente. Religiosidad y piedad ordinarias. No muy aficionado a juegos en tiempos de recreo»— por olvidados profesores de firma ininteligible; la edición anual del Boletín del Colegio en el que hallaras el promedio de tus notas por asignaturas correspondiente a la temporada 1945-46 —«Religión 9, Filosofía 6, Lengua Latina 8, Lengua Griega 9, Literatura 7, Geografía e Historia 10, Matemáticas 5, Ciencias 4, Medalla de Honor, Oro»— y hasta un sobrecogedor cuadro sinóptico de los Coros y Jerarquías Angélicos, copiado veinte veces en un cuaderno con tu puño y letra, encabezado por una nota pergeñada en tinta verde: «Por haber distraído a sus compañeros durante la lección» —pruebas documentales, fehacientes, del niño pintoresco y falaz que habías sido y en el que no se reconocía el adulto de hoy, suspendido como estabas en un presente incierto, exento de pasado como de porvenir, con la desolada e íntima certeza de saber que habías vuelto no porque las cosas hubieran cambiado y tu expatriación hubiese tenido un sentido, sino porque habías agotado poco a poco tus reservas de espera y, sencillamente, tenías miedo a morir. Así reflexionabas a tus solas mientras la tarde dilapidaba su esplendor en un fastuoso despliegue de fuegos de artificio y la luz desertaba paulatinamente de los claros del bosque que se extendía a tus pies, antes de decidirte, por fin, a beber un sorbo helado de Fefiñanes, encender perezosamente un cigarrillo, cruzar la galería estremecida por el coro del *Benedictus* y buscar entre los estantes de la

maciza biblioteca el álbum de retratos que tal vez te permitiera recobrar la perdida clave de tu niñez y tu juventud. De nuevo podías volver al jardín y acomodarte con aquél en la mesa de mármol, aspirando el aroma antiguo y mohoso de sus páginas; observar con aplacado sosiego el paisaje insomne, el cielo y mar maleables, el sol enrojecido y moribundo: inmovilizados en fotos desvaídas y amarillentas los espectros familiares posaban una y otra vez para ti, como en concertadas y tediosas repeticiones de una escena fallida y tu breve y ya lejana historia renacía con ellos, eslabón de una ininterrumpida cadena de mediocridad y conformismo –aventura y rapiña antes–, fruto inconsciente y culpable de sus vidas taciturnas y ociosas, de su existencia menguada, calamitosa e inútil.

Una pomposa sala de consejo de administración con amplia mesa de trabajo rodeada de sillones vacíos y el retrato de Alfonso XII clavado en el muro; una vista del paquebote *Flora* que propiedad fuera de la entonces próspera y rumbosa familia; borrosas postales de Cienfuegos con sus plazas desiertas, iglesias blancas y palmas reales primorosamente dispuestas como en un ingenio decorado de teatro; una estación de ferrocarril con innecesarias y ornamentales vías muertas y un variopinto grupo de guajiros apostados en el andén; el tren cañero del ingenio, en el que podía leerse la inscripción: «Mendiola y Montalvo», durante las labores de la zafra; un panorama del batey, con la fábrica, los barracones y una plaza cuadrilonga, despejada y limpia; la guardarraya de palmeras que conducía a la morada campestre del bisabuelo; los techos, pailas y demás aparatos accesorios

por los que debía pasar el guarapo para clarificarse, descachazarse y adquirir su punto de meladura; y perpetuados en gestos y ademanes que perduraban aún, desintegrados ya sus cuerpos al cabo de casi más de un siglo, Álvaro podía atisbar el bisabuelo ejemplar y dominante y su desdibujada e inconsistente prole. El hidalgo pobre de la provincia asturiana, astuto traficante, especulador y negrero, de mirada cruel y altiva, delgados labios y torcido bigote en forma de manubrio parecía barruntar la falibilidad e insignificancia de los vástagos que, muerto él, iban a regentar su imperio y que, en el estudiado arreglo de E. Cotera, fotógrafo, Santa Isabel, 45, Cienfuegos, permanecían envarados y tiesos frente al objetivo, a poca distancia de él, triste remedo y copia de la bisabuela resignada y muda, perentoriamente vestida de luto, esposa desengañada e infeliz –suplantada en el lecho por las esclavas negras–, sin más refugio que la práctica melancólica de una religión consoladora y el cuidado de unos hijos educados conforme a las normas y preceptos de una moral tiránica, austera e inflexible. Estos mismos hijos, cinco lustros después, obesos y calvos, prematuramente envejecidos y como aplastados por el peso de sus enormes responsabilidades, herederos de la fortuna, ya que no del talento, virtuosos y egoístas, devotos y avaros: el abuelo de Álvaro y la interminable procesión de tíos fotografiados en La Habana, Nueva York y Suiza antes de la liquidación precipitada del ingenio y la separación de la familia, consecuencia de la guerra con los Estados Unidos y la pérdida de las colonias. El elegante abuelo, tocado con su proverbial sombrero de paja, junto al absurdo chalé morisco del ensanche de Barcelona, instala-

do ya en España con mujer e hijos, chófer y jardinero, torre de verano y coche de caballos y –lamentablemente emancipados los esclavos negros– indígenas pobres de su propiedad exclusiva, pretexto de caridades y mercedes, obras meritorias e indulgencias, garantía del misericorde perdón de Dios en esta vida y de la eterna salvación en la otra. Años más tarde, con el padre de Álvaro vestido de marinerito inglés y una inocua colección de hijos, curiosa mezcla de ricos hospicianos y amedrentados príncipes: los estigmas y taras resultado de la vida desordenada e irregular del bisabuelo señalaban los rostros familiares –de viejos conservados en tarros de alcohol, pensaba Álvaro– que el fotógrafo anónimo había captado con la refinada maldad de un Goya ante la real progenie de Carlos IV y María Luisa; degenerada raza de futuras solteras agriadas y –exceptuando el padre de Álvaro– parasitarios caballeros tan inútiles como decorativos. Dos páginas después –tras el obligado intercambio de retratos con los Mendiola residentes en Cuba– los grupos escolares en compacta disciplina de rostros brumosos y mirada ciega rememoraban unos tiempos uniformemente grises que Álvaro conocía bien: siete cursos de bachillerato en una institución religiosa con que primero la madre y luego el consejo de familia habían intentado doblegar su rebeldía y aprisionarlo en el rígido corsé de unos principios, una moral y unas reglas que eran reglas, moral y principios particulares de su aborrecida e ignorante clase; años aquellos de arrepentimiento y pecado, esperma y confesiones, propósitos de enmienda y renovadas dudas, tenazmente gastados en invocar a un dios sordo –vaciado desde hacía siglos de su prístino y

original contenido— hasta el momento en que la vida había impuesto sus fueros y el precario y costoso edificio se derrumbara como un castillo de naipes. Vistas parciales —julio de 1918— de la recién adquirida finca con envanecidos jovenzuelos —tías y tíos— indolentemente distribuidos en un jardín adornado, entonces, con macetas de dondiegos, redondos sillones de mimbre y un extraño mirador rústico con techo de paja en el que el tío Eulogio había instalado un estrafalario telescopio portátil. Las últimas fotos anteriores a su nacimiento reproducían nítidamente los colmenares de la materna propiedad de Yeste, un horno de destilación de romero, una instantánea de la vecina pedanía de La Graya. El padre de Álvaro figuraba en todas ellas desdeñoso y lejano, consciente quizá de la estúpida y huera comedia social que representaba, presintiendo tal vez —se decía Álvaro— el vengativo pelotón de campesinos alzados y los fusiles bruscos que debían tronchar su vida. Un sentimiento oscuro, de íntima y gozosa profanación, acompañaba el lento desfilar de aquellas páginas evocadoras de un pasado desaparecido y muerto, fantasmagórica ronda de personajes identificables sólo gracias a la inscripción piadosa de un nombre y una fecha que los salvaba así —¿por cuánto tiempo?— del irrevocable y definitivo olvido; y, como en la espléndida mansión familiar del Country que Álvaro había visitado durante su viaje a Cuba —transformada por la Revolución en modesta escuela de Instructores de Arte, con las fotografías de Castro y Lenin burlescamente clavadas en la pared—, el rencor póstumo contra la necia estirpe y su presuntuosa respetabilidad se alimentaba con el pasto de aquella tranquila y silenciosa hecatombe.